



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECADNO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13613

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENINSULA: Un mes, 150 ptas. — Tres meses, 450 id. — SEMANARIO: Dos meses, 10 id. — La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes. — En correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION; MAYOR, 24

JUEVES 11 DE ABRIL DE 1907

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico en letras de fácil cobro. — Correo por correo en París, Mr. A. Lacroix, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg Montmartre.

UN AVISO

MIRANDO AL PORVENIR

Ciego ha de ser quien no haya visto en «la entrevista de Cartagena» la aurora que anuncia *nuevos días* para Cartagena. Diga lo que quiera decir la diplomacia, reservada, falaz y astuta siempre, la entrevista de Cartagena tiene importancia extraordinaria, y ya la prensa extranjera la apellida *el Cronstadt español*, condensando en esta frase, todo cuanto pudiese ser dicho acerca del alcance internacional de la regia visita.

No es mi propósito escribir acerca del alcance de la visita regia bajo el aspecto internacional, y quiero tan sólo dar un *aviso* a esta ciudad y a este puerto, llamados a ser emporio de riqueza, si quienes están obligados a cuidar sus intereses, saben *mirar al porvenir* y no se duermen en los laureles del éxito político que los encumbra y los engrandece.

Mi característica social y periodística es la lealtad, y haciendo honor a mi pseudónimo periodístico, escribo siempre sin eufemismos, *sin dorar la píldora*, diciendo lo que siento, y más pensando en lo que es conveniente *para el mañana*, que acariciando lo que puede ser halagador *para el hoy*. Si a los halagos del hoy me rindiésemos, os cantaríamos las hermosuras de Cartagena; pero pensando en el mañana os hablaré de los lunares que la afean, de todo lo malo que de Cartagena debe desaparecer, si Cartagena quiere ser lo que antes decía: el emporio del Mediterráneo.

No bastarán ni la amistad, ni la simpatía, ni aún la alianza, con Inglaterra para que Cartagena sea emporio naval y terrestre, si Cartagena no tiene en cuenta algo muy importante: que los ingleses, como cuantos se preocupan de vivir lo mejor posible, buscan siempre lo perfecto, lo bueno, lo que produce bienestar al cuerpo y esparcimiento al espíritu, huyendo en cambio de lo que puede ocasionar quebrantos al cuerpo y no producir esparcimientos placenteros al espíritu. Inglaterra ha hecho de Galicia su internadero para las flotas del Norte y mina no existe en el mundo que deje a una comarca los beneficios que una escuadra deja. Las minas dan beneficio a sus dueños. Las escuadras a todos.

Proveedores, negociantes, comerciantes, hoteles, cafés, boteros, toda la ciudad, en una palabra, participa de los miles de duros que los barcos dejan y del turismo internacional que a la sombra de los barcos se crea.

Por eso, el día en que Cartagena esté en condiciones de atraer en vez de hallarse en estado de *repeler*, serán la ciudad,

el puerto, y los arrabales la más rica mina de la provincia, sin huelgas, sin dolores sociales, sin conflictos entre el capital y el trabajo, con reparto equitativo de los beneficios, con bien de todos y sin daño para nadie.

Lo habéis visto. El pánico, el temor a un estado sanitario cierto ó incierto, — pero pregonado al fin — ha retenido en los barcos a los tripulantes. Y ese mismo temor unido a la fama de las aguas, del paludismo, de las cloacas del presidio y de trabas por todos conocidas, ha sido y será causa de que la mina no sea explotada.

Pocas ciudades hay en el mundo como ésta por sus condiciones naturales: su cielo es puro; su clima ideal; su puerto hermoso; su mar tranquilo; sus alrededores capaces de competir con Niza; sus mujeres hermosas, cual ninguna; sus hombres alegres, expansivos y atraentes; sus hoteles mejores que los de otras ciudades; todo en una palabra, cuanto no depende de la voluntad gobernante — Estado, provincia ó municipio — es atraente. Sólo repole lo que pudiendo ser bueno, es malo, por culpa del Municipio, de la Diputación ó del Estado.

Y en esas condiciones, nada tan sencillo como poner *prácticamente* al porvenir, con ánimo decidido, juramentado, a no variar de rumbo, pase lo que pase, para llegar al puesto final: a hacer de esto un emporio de riqueza para todos.

Sólo una frase señala ese rumbo: saneamiento. El presidio que vierte sus cloacas en el puerto haciendo que el embarcadero sea oleada de pestíferas miasmas, debe desaparecer; el alcantarillado que limpia de olores y redime de infecciones, debe ser hecho; la dotación de aguas debe ser acometida con decisión; la plantación de eucaliptus en toda la zona de la ciudad debe ser acometida sin tardanza.

Y con todo eso, que es fácil, sencillo, poco costoso, rápido y definitivo, Cartagena será la ciudad más tentadora del Mediterráneo, sin bombas, sin ruidos, sin matonismo, *sin nada* que la haga repulsiva y con todo que la convierta en atraente y fascinadora.

Dolores y los Molinos debían ser, y lo serán, sanatorios donde vendrían miles y miles de turistas, y seguramente no habría un solo barco de la ruta mediterránea que no hiciese escala en esta Cartagena, que con un poco más de cuidado empu-

laría a la Corniche, pues este cielo, este suelo, este clima y estos habitantes son mil veces mejores que aquéllos.

Por tener suerte, por ser privilegiada, hasta privilegiada es en su política, pues poderosos representantes tiene, tan bien situados, que todo os lo pueden dar. Con los liberales, al grande, al inmenso Romanones; con los mauristas, al insignie La Cierva que al paso que lleva llegará a Papa; con los conservadores amarrados al remolcador maurista, al insustituible Añazapaz de hacer por sus amigos lo que Romero hizo con los suyos; con los militares a Aznar que será ministro y podrá dar a Cartagena lo que de derecho le corresponde. Y con todos, al Arsenal que reclama, que pide, y que en justicia tendrá lo necesario para que ellos y nosotros podamos carear y construir.

Todos unidos, los de aquí para pedir *gritando mucho* y los de allí para dar *sin rogatour nada*, la resurrección de Cartagena será un hecho.

Yo os doy un aviso amistoso, patriótico, leal, honrado. Yo os marco el rumbo. Yo os digo que vuestro puerto de recalada es el que os indico.

Y ahora, vosotros, los que el timón lleváis, no os durmáis, no os dejéis ir a la deriva, empujados indolentemente por el mar y por el viento, porque quien va sin rumbo y sin timón no tiene más que un porvenir: ir hacia la inhospitalaria costa en donde se estrecha y es fruto de merodeo para que vivan los vecinos.

Si queréis oírme, me oís. Y si no, me oís. No hay nada perdido porque estas líneas las escribo en veinte minutos y olvido la fatiga de escribirlas, porque quedame sólo el sabor de la cerveza que al escribirlas bebo, rindiendo culto a mi máxima de filosofía mundana: la vida es corta, y el arte supremo consiste en suprimir lo ingrato, mezclándolo con lo que grato es.

¡Bebed cerveza, cartageneros, mientras trabajáis! Y vuestra cerveza, no es otra cosa que lo que os he dicho. Quitar el presidio, traer agua, hacer alcantarillas. Con todo eso, olvidareis el dolor pasado y os prepararéis a recibir la merced futura.

Daos por avisados, mirad al porvenir, y con fe ciega en el mañana mandad; los de Madrid, si mandar sabéis, os obedecerán, y si no os obedecen, peor para ellos.

JUAN DE ARAGON.

LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA 149

nieblas. Creo que era nuestro guía, pero no estoy seguro de ello.

Entonces, y después de atravesar un largo pasadizo, reaparecieron a derecha e izquierda las paredes de los pasadizos, más allá encontré el túnel primitivo, idéntico al que me había guiado. Llegué a un recodo y me detuve. Cuando volví mi vista, observé que Cavor se aproximaba, dando tropezones en el arroyo de azulada luz, hasta que vino a dar conmigo, y nos abrazamos uno a otro. Por un instante al menos habíamos escapado de nuestros guardafiancas y nos hallábamos solos.

Tanto mi compañero como yo estábamos aturdidos, y cambiamos unas cuantas frases entrecortadas y angustiosas.

— ¿Lo ha echado usted todo a perder? — dijo Cavor.

— ¿Tenería yo el orgullo de no haber sido, hubieramos parecido.

— Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

— Ocultarnos.

— ¿Dónde?

— En una de esas cavernas laterales.

— ¿Y dónde está?

— Ya lo he buscado.

— Bueno, adelante.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 143

Pero, desgraciadamente, safera la realidad. Ni Cavor ni los otros rebotas parecían haber hecho nada mientras luché y di misetas al adversario. Todos aquellos seres que nos vigilaban se apartaron de nosotros, durante esta eithabon algunos segundos, después del apatamiento del delirio. Parecía que se forzaban en comprender lo que ocurría, y yo permanecí en pie con el brazo preparado esperando que alguien se moviera.

— ¡Y luego! ¡Y después! — Era una voz que me bramaba. Al instante todo empezó a transformarse. Observé que nos era preciso desmontar los nos de las cadenas, pero antes había que derribar a los selenitas. Me volví hacia el grupo de los tres aguijonadores. Sin esperar a nada, uno de ellos me lanzó su arma, que pasó silbando por encima de mi cabeza, yendo a caer, sin nada, detrás de mí en el tenebroso abismo.

En el momento siguiente con todos mis miembros sobre el abismo, quien al ver mi actitud dijo una palabra vital para mí; pero lo alcancé, lo oí por detrás, así sobre él y pisoteé su cuerpo inconsciente.

Volví a mi sitio, y por todas partes vi las azuladas espaldas de los selenitas que retrocedían en la sombra; forcé un eslabón y avanzué el eslabón que ligaba a mí pie con las manos. Otro aguijonador tan pronto como una jabalina silbó a mi lado, a lo que

Soberanos en Cartagena

ACERCA DE LA ENTREVISTA

Opiniones de la Prensa.

Todos los periódicos dedican atención especial a las entrevistas que aquí han celebrado los reyes de Inglaterra y de España.

En general, todos están conformes en que este suceso, sea cual fuere su alcance político, viene a consolidar la perfecta armonía y la cordial amistad entre los dos pueblos.

También están todos de acuerdo en condenar la política de aislamiento en que durante la última guerra se ha movido España en las cuestiones exteriores, por la de relación y participación con otros países, que viene siguiendo en los últimos tiempos. Hay un periódico madrileño, sin embargo, que estima que pudiera constituir una alianza por la cual nos obligáramos a una intervención armada en Marruecos.

Para que nuestros lectores puedan tener idea exacta de estas opiniones, reproducimos a continuación algunos de los comentarios que consignan los periódicos:

«El Liberal...»

«Hubiéramos prolongado nuestra soledad y nuestro apartamiento, en medio de una indiferencia tan irremediable por nosotros mismos como temeraria, si no hubiésemos poseído un elemento efectivo de crédito internacional, inadvertido casi por nosotros, que lo considerábamos como un platónico romanticismo y que el mercado exterior alcanzó hace tres años una cotización altísima y preponderante sobre todos los demás valores en precio. Tal elemento es el representado por nuestra historia, por nuestros intereses, por nuestra vecindad, por nuestros territorios en Marruecos.»

